

Las tres partes de los vivos ;
Aun á los contemplativos
Muchas veces los amaga
Y rodea ;
Por los yermos se pasea ,
Buscando los ermitaños ;
Por los desiertos extraños
Se deleita y se florea,
E se extiende
En los conventos, y asciende
Sus dulzores amorosos,
Tentando los religiosos,
Y en su consuelo los prende
Con dulzura.
Es cazador de natura :
Caza con sutiles lonjas
Las entrañas de las monjas ;
Que no valen cerradura
Ni paredes.
Tendidas tiene sus redes
Por casadas y doncellas,
Y él mediante, hacen ellas
Gentilezas y mercedes
Y favores
A los buenos servidores ;
Y á las veces á los ruines
El le calza los chapines,
Porque parezcan mayores
De su estado ;
Éste las pone en cuidado
De vestirse y de tocarse,
De bruñirse, y de afeitarse,
Y de tener á su lado
El espejo,
Con el cual toman consejo

Cuando salen do las vean ;
Si bien aman y desean.
Éste les busca aparejo
Diligente ;
Éste delicadamente
El corazon les ablanda ;
Éste otorga la demanda,
Sin temer inconveniente
Ni pesar ;
Éste enseña á desviar
Los estorbos y tropiezos,
Y á que se muerdan los bezos
Cuando no pueden hablar.
¡Oh amor mio,
Cuán grande es tu poderio !
Puedes cuanto tú te quieres ;
De los hombres y mujeres
Ordenas á tu albedrío,
Y les pones
En prision los corazones.
Viene un triste labrador,
Abrasado de calor,
Harto de quebrar terrones,
En verano ,
Llena de callos la mano,
Un arado entre sus brazos,
Molido, hecho pedazos,
Más hambriento que un alano
O camello,
Lleno de polvo el cabello,
Y la barriga de sopas,
La caperuza de estopas ,
Que habréis mal ascó de vello,
Y en su pecho
Trae el amor del barbecho,

Y si ántes que recree,
A la zagala no vea,
Nada le hace provecho.
¡Qué afán
Ver un pobre sacristán
De una miserable aldea,
Que todo el año vocea
Por seis varas que le dan
De palmilla!
Vive ledo á maravilla,
Que amor le da gran consuelo,
Y pone el grito en el cielo
Cuando entra Marinilla.
¡Oh misterio!
¿Quién te trajo al monesterio,
Amor poderoso, di,
Que muchas veces por tí
Mientan versos del psalterio,
Que es donaire?
Tú, que tienes con el fraire
En el toro qué entender;
Que allí le haces tener
Los sentidos en el aire,
Comediendo
Lo que tú le estás diciendo;
Por estarte contemplando,
Va con su coro callando,
Y el otro respondiéndolo
Trasportado;
No sabe si han acabado
O si hablan de Gaiferos;
A fray veinte y tres dineros
Responde, de descuidado.
¡Oh gran cosa!
Ved una dama hermosa,

De niña, monja metida,
Que no supo en esta vida
Sino vida religiosa
E apartada;
Tras mil torres encerrada
Con su velo é campanilla;
Del coro al almohadilla
Continamente avezada
En rezar,
¿Quién la enseña á sospirar
Y á disimular amores?
¿Quién le muestra los primores
Del escribir y hablar?
¿Quién le quita
Del sueño, y solícita
Holgarse de ser amada,
Y á quedar regocijada
Cuando alguno la visita
Que desee?
¿Quién la fuerza á que se emplee
Con mil angustias de muerte
En quien la hace de suerte
Que lo que canta y que lee
Ni lo vea?
Domine labia mea
Está cantando, y solloza
Diciendo: «¡Guay de la moza
Que se vee y se desea!»
¿Qué dirémos
De mil doncellas que vemos
So las alas de sus madres,
Temerosas de sus padres,
Que buscan, como sabemos,
Mil senderos,
Mil resquicios y agujeros

Para escribir y hablar?
¿Quién les enseña á enviar
Suspiros por mensajeros
De su pena?
Decidme : ¿ quién tiene llena
Media España de cornudos?
¿Quién rompe los fuertes nudos
Que la santa Iglesia ordena?
Suspirando
Uno andaba, no sé cuándo,
De amores, en su posada,
De una bonita casada,
Y por su causa penando
Gravemente;
Y ella, por el consiguiente,
Penaba por gozar dél;
Mas su marido cruel
Era gran inconveniente
Para ello.
No habiendo para hacello
Manera cierta ninguna,
En manos de la fortuna
Acordaron de ponello.
Sucedió
Que el marido adoleció,
Hablando con reverencia,
De cámaras y correncia
De unas uvas que comió
Sobre cena.
Dióle Dios en hora buena
Aquella noche tal gana,
Que ántes de la mañana
Hizo más de una docena;
Y otro día,
Creciendo el mal todavía,

Y ellos viendo el aparejo,
Entraron en su consejo
Para ver lo que se haría.
Fué acordado
Que el gentil enamorado,
Si más cámaras hubiese
Aquella noche, estoviese
So la cama sepultado,
Tras la sarga;
De barriga y á la larga
Estúvose muy tendido,
Y el cuitado del marido,
La boca seca y amarga,
Se acostó.
Fortuna favoreció
El hecho de los amantes,
Que si cámaras hubo ántes,
Con doblados acudió.
No hubo entrado
En la cama el desdichado,
Y apenas cubrió la manta,
Cuando luégo se levanta,
Con la prisa fatigado
De su mal.
Mostróse el Amor parcial
Para que mejor se hiciese;
Que era menester que fuese,
A fuer de España, al corral
De contino,
Por partir con el vecino;
Tan bien comedido estuvo,
Que quince veces anduvo
Por aquel mismo camino
Que solía;
Y cada vez que salía,

Entre tanto que tornaba,
El que tras la cama estaba
En su lugar se ponía,
Por guardar
Aquel proverbio vulgar
Y sentencia muy esquivá,
Que el que fuese á lo que iba,
Dice que pierda el lugar.
Su tormento
Creciendo más con el viento
Y el sereno que cogía,
En rebatos le ponía
Y en priesas cada momento
Que venían.
Los dos señores, que vian
Los dolores con que andaba,
Cuanto más él se quejaba,
Tanto más ellos reían
Y holgaban,
Y muy sin pasión estaban
De su pasión y querellas.
Creciendo la causa dellas,
Las cámaras aquejaban
Bravamente ;
Vinole súpitamente
Una priesa tan terrible,
Que diz que no fué posible
Sostener el accidente
Presturoso.
Como estaba correoso,
Y le tomaba desnudo,
Con mucho trabajo pudo
Darse un poco de reposo,
Congojado
Por pasar al otro lado

Por cima de su mujer,
A cumplir su menester,
Do estaba el enamorado
So las tejas,
Descubiertas las orejas.
No hallando mejor plaza,
Descargó la viaraza
Entre sus ojos y cejas
De través ;
Y como puso los piés
Sobre él, y lo halló blando,
Dijo : « Mujer, ¿ en qué ando ?
¿ Qué está aquí ? ¿ Qué cosa es
Lo que piso ?
Ella, con gentil aviso,
No perdida ni turbada,
Sino muy disimulada,
Respondióle de improviso,
Sin temor,
Diciendo : « Luégo, Señor,
¿ Habeis acabado ya ?
Dad presto la vuelta acá,
Que es dañoso ese frescor
Y os enfria ;
Y trayendo todo el día
Congoja de vuestros males,
Puse ahí dos cabezales,
Temiendo lo que sería. »
Y con esto,
Ayudándole de presto
Con las manos á subir,
Dió lugar á se encubrir
Peligro tan manifesto.
Y tornado
A la cama el lacerado

Necio, ciego, sordo y mudo ,
Al cabo quedó cornudo,
Y el otro salió cagado ,
Con perdon.
Demos hora conclusion,
Y digamos que en España,
Y en Italia y Alemania,
Y en todo el Setentrion,
En Turquía,
Oriente ni Mediodia,
Y en fin, por todo el mundo ,
No reconoce segundo
Amor en su compañía,
Ni igualdad ;
Con soberbia y libertad
Todo lo cife y abarca ;
Es poderoso monarca
De nuestra sensualidad.
No aprovecha
Desviar á man derecha ;
Que, por más artes que trayas ,
Por donde quiera que vayas
Hallarás su ley estrecha
Y extendida,
Guardada y obedecida
De todos ó de los más ;
En cada reino verás
Su bandera descogida,
Sus soldados,
Sus ansias y sus cuidados,
Sus pifaros y atambores ,
Sus angustias y dolores,
Sus reales asentados,
Como digo,
Deste señor enemigo,

Que no perdona á ninguno ;
Y séase cada uno
De su corazon testigo,
Sin engaño.
¡ Oh gran Dios, y cuán extraño
Es el amor halagüeño !
¡ Cuán alegre y cuán risueño
Cuando todo va de un paño
De ambas partes !
¡ Cuán sin cautelas ni artes
Van los dos en sus peleas !
Mas cuando el uno coxquea
Son aciagos los mártes
Y los jueves,
Las horas de placer breves,
Largas las de mohindad ;
El uno trata verdad ,
Y el otro cien mil alevos
Y falsias ,
Despechos, descortesias ,
Mudanzas y novedades ,
Desvíos, dificultades,
Mil sobras y demasias
Y baldones ;
Falsas disimulaciones,
Desdenes y disfavores ,
Desgracias y desamores
Y mentiras á montones,
Y ruindades ;
Engaños y falsedades ,
Mentiras y trampantojos,
Cien mil fingidos enojos,
Dolores y enfermedades
Que levanta.
Con la sogá á la garganta,

Con muy clara voluntad,
Con amor y lealtad,
Con ánsia que le quebranta
Y le hiende,
Con deseo que le enciende,
Con aficion que le inflama,
Llega el triste del que ama
Delante de quien le prende
Y cautiva.
La dama se muestra esquiva
Y finge que está ocupada ;
Hácese grave y pesada,
Honestá, contemplativa
Y muy devota ;
Altérase y alborota
De cualquier buena razon,
Y cuando ella dice son
Razones de carta rota,
Desatadas ;
Las ciertas desamoradas,
Fingidas las amorosas,
Las del sí, son mentirosas,
Las del no, determinadas,
Y de véras ;
Nuevas formas y maneras
Busca para despedirse,
Abrevia para partirse
Con palabras lisonjeras
Coloradas,
Con la boca pronunciadas,
Mas no con la verdadera ;
Que ya cuando salen fuera
Como nieve van heladas,
Del enfado.
El pecador del penado

Trabaja por entendellas,
Y á las veces queda dellas
Alegre, mas engañado
Y vendido ;
Desvelado y embebido
Se va pensando en aquello,
Y ella rie dél y dello,
Diciendo : « Ved qué perdido ;
¡ Qué hastío !
Ved con qué se viene el frio,
Más necio que su zapato ;
¡ Qué mal empleado rato !
¡ Qué donoso desvario !
¡ Ved qué gesto,
Qué flaco y qué mal dispuesto,
Qué enfadoso y qué grosero !
¿ No mirais qué majadero,
Con qué se me viene el cesto
Cada dia ? »
El cuitado, todavía
Esforzado en su pasion,
Vuélvese á su peticion,
Continuando su porfia
Trabajosa ;
Y visto cuán poca cosa
Valen las buenas razones,
Con presentes y con dones
Hace de la desdéniosa
Amigable,
Granjeando que le hable
Con interese siquiera.
Dásele desta manera
Algún tanto favorable
Con cohecho
Mientras dura aquel provecho ,

Como la leña en el fuego ;
Mas tórnase á morir luégo,
Porque no sale de pecho
Encendido.
El miserable vencido,
Aunque sospecha el engaño,
Disimulando su daño,
Hace del favorecido,
Deseando ;
Y tórnase suspirando
Con ánsia de tal tardanza,
Entre temor y esperanza,
La respuesta examinando
Que le dió.
Lleva de lo que pasó
La memoria sospechosa.
Aunque no se olvida cosa
De cuantas ella habló,
Va el cuitado
Incrédulo y confiado
Como si fuese el psalterio ;
Piensa que hay algun misterio,
Y que puede ser fundado,
Sobre cierto ;
El sentido siempre alerta
Por ver cuándo será hora ;
Y quédase la señora
Riendo de verlo muerto
Y en cadena.
Toma gloria de su pena
Y que por ella se pierda ;
Mas del ido no se acuerda
De cosa mala ni buena,
Ni le da
Por lo que viene ni va

Una blanca ni un cornado ;
Y si le siente enojado,
Mucho más alegre está,
De cruel.
Y por darle á beber hiel,
Aunque no se le da nada,
Fíngese estar enojada
Y que tiene quejas dél
Falsamente,
Haciendo que el inocente
Compre caros los enojos,
Con dos higas en los ojos,
Cuando sienten que le siente
Sus ruindades.
Huelga de estas novedades,
Porque tiene averiguado
Que á costa del lacerado
Se harán las amistades ;
Y aunque yerra,
Queda hecha mora perra
Contra el cautivo cristiano,
Porque sabe que en su mano
Está la paz y la guerra.
¡ Oh gran Dios !
Y ¿ cómo permitis vos
Tan peligrosa dolencia
Y tan grande diferencia
Entre estos amantes dos ?
¿Cuál razon
Sufre que sufra pasion
El que trata la verdad,
Y viva á su voluntad
La que trata la traicion
Y falsía ?
No puede haber en Turquía

Cautiverio más esquivo
Que el del amante cautivo
Tratado con tiranía,
Sin favor.
Puede tanto el desamor
En el pecho de una dama,
Que por sólo que la ama,
A veces al amador
Aborrece,
Sin mirar si le merece.
Siempre lo trata con ira,
Y cada vez que lo mira,
De un diablo le parece
Semejanza;
Y cuando ya el triste alcanza
A contalle sus mancillas,
No se amansa con oillas,
Antes recibe venganza
Señalada.
Tan esquivada y desgraciada
Y tan desdefiosa está,
Que apenas confesará
Que huelga de ser amada
Ni servida,
Y de mal agradecida,
Le aconseja que la olvide;
Con la boca lo despide,
Con los ojos lo convida
Y apiada.
Dale á entender que se enfada
De que siga tal empresa,
No porque dello le pesa,
Sino porque no le agrada
Ni contenta.
De verse libre y exenta

Desprecia su servidumbre,
Y tiene por pesadumbre
Las lástimas que le cuenta
Con dulzura.
Mientras el mal querer les dura
Pecan de mala crianza;
No saben tener templanza,
Cortesía ni mesura
Ni castigo.
Este desamor que digo,
Aun lo guardan en la cama;
Que la hembra al que desama
Tiénele por enemigo
Capital.
Y hán por regla general
Con malquerencia desden;
No saben, no, querer bien,
Que luégo no quieran mal,
Sin tener
Capacidad de poner
Entre dos extremos medio;
No se saben dar remedio
Entre amar y aborrecer,
Ni encubierta.
Si está cerrada la puerta
De la buena voluntad,
La mentira y falsedad
Luégo la veréis abierta
A la clara.
No saben torcer la vara
De justicia á la razon,
Ni dejar el corazon
De dar muestras en la cara
Conocidas.
Las más falsas y sabidas

No pueden disimular,
Que, sabiéndolo mirar,
Luégo no sean entendidas
Claramente ;
Que aunque Cupido consiente
Nuestros males y dolores,
No sufre que los amores
Engañen al inocente
Pecador ;
Que bien que le ciegue amor
A que se deje vencer,
Mas no le priva de ver
Sus daños y disfavor
Y mancilla ;
Y esta es grande maravilla
Y alta cosa de entender,
En que muestra su poder
Amor cuando nos humilla
Y encarcela.
Sin engaño ni cautela
Nos enseña sus zozobras,
Alumbrando con sus obras
Como con una candela,
Con que vemos
Sus reveses, sus extremos,
Por experiencia de otros.
Cuando huye de nosotros,
Entónces más le queremos
Y seguimos.
Claro está que lo sentimos,
Que él mismo nos desengaña ;
Pero cuando más se ensaña,
Le adoramos y servimos
De rodillas.
Con achaques y rencillas

Nos hace vivir contentos ;
Y así, cumple estar atentos
A entender sus maravillas
Y secretos ;
Porque los que son discretos
Y mantienen presuncion
Huyan de tal ocasion,
Por no ser della sujetos,
Como fueron
Otros muchos que perdieron
Por ella su autoridad ;
Porque amor y majestad
Jamás se compadecieron.
Es de ver
Un ejemplo de placer :
Un maestro, gran letrado,
Era acaso enamorado
De una pobreta mujer,
Que él quería
Más que á la lumbre del día,
Y ella tomábale cuenta.
Él, por tenella contenta,
Dábale cuanto tenía
Y alcanzaba.
No dormía ni velaba,
Con el ánsia que traía ;
Y ella más le aborrecía
Cuanto más él la trataba
Con paciencia.
Creciendo la malquerencia,
No valiendo el interese,
Fué menester que sufriese
Sobre cuernos penitencia
A la rasa ;
Que, encendida como brasa

De un coraje que tomó,
La vergüenza le perdió,
Y ausentósele de casa
En un punto.
El triste quedó difunto,
Sin poder estudiar letra,
Porque amor, cuando penetra,
Cuerpo y seso roba junto,
Como diestro.
El miserable maestro,
Cargado de pensamientos,
Anda bebiendo los vientos,
Trayéndolo de cabestro
Su pasión;
Va de canton en canton
Por las calles á buscalla,
Y al cabo vino á hallalla
Metida en un bodegon,
Descuidada,
Dando, de regocijada,
Risadas en alta voz,
Con un soldado feroz
A su placer abrazada.
¿Qué haría
El sin ventura, que via
Tan sin pena de su pena,
Y tan presto tan ajena
La por quien él se moría?
Y vencido,
Con la pasión atrevido,
Desde el pié de la escalera
Le habló de esta manera,
Como hombre desfallecido
Que se fina:
«¡ Ah, señora Catalina! »

Y ella, visto que era él,
No hizo más caso dél
Que de un mozo de cocina.
El porfía
A llamarla todavía
Con ansia que le forzaba;
Y ella, tornada más brava
Que leona cuando cria,
Dijo así:
«Dotor, no cureis de mí,
Pues yo no curo de vos;
Si no, yo os prometo á Dios
Que os haga matar ahí.»
El cuitado
Cayó, de desconsolado,
Amortecido en el suelo:
De un cabo le cerca duelo,
De otro pena y cuidado.
En nonada,
De verla tan indignada,
Estuvo de traspasarse;
Y acordó de encomendarse
Al huésped de la posada
Por dinero;
El cual, siendo medianero,
Movido de piedad,
Con muy gran dificultad
Alcanzó que ante tercero
La hablase.
Un enemigo no pase
Por el paso que él pasó,
Ni sienta lo que sintió
Antes que la comenzase
A hablar.
Comenzóla de mirar

Todo perdido y turbado,
Temblando como azogado,
Con miedo de la enojar.
A tal hora
Dijole : « Decid, señora,
¿ Por qué holgais de mi muerte ?
¿ Por qué tratais de tal suerte
Al que sabeis que os adora
Y padece ?
Catalina, ¿ qué os parece
Por vuestra causa cuál vengo ?
Cierto el grande amor que os tengo
Tan mal pago no merece,
Reina mía ;
¿ Por qué matais mi alegría ?
¿ Por qué enterrais mi placer ?
¿ Qué más quereis que tener
Un maestro en teología
Por esclavo ?
¿ Por qué se muestra tan bravo
Vuestro corazon de acero
Contra tan manso cordero ,
En cuya sangre me lavo
Por quereros ?
A vos os sobran dineros,
Vestidos y de comer ,
Y quanto habeis menester
Para muy bien manteneros
En la vida ;
Sois señora conocida
De mi casa sin más cuenta ;
De todo lo que os contenta
Es vuestra boca medida.
Pues decid :
¿ Por qué me teneis en lid

Con vos, conmigo, con Dios,
Que ando perdido tras vos
Por toda Valladolid ?
¿ Qué os he hecho
Que merezca tal despecho ?
No teneis otra razon
Sino seros mi aficion
Mayor que vuestro provecho ;
Mas, pues veis
Que estas dos cosas teneis
Ciertas á vuestro servicio,
Haced de mí sacrificio,
Y no me desapareis. »
¡ Oh, señores,
Los que saben de dolores !
Contemplan en este paso
Cuán avariento y escaso
Es el amor sin amores
Que le hieran.
¿ A qué hombre no movieran
Palabras tan lastimeras ?
Que aún las alimañas fieras
Es razon que las sintieran ,
Siendo tal
Y tan crecido su mal ;
Mas, aunque las oyó ella,
No le hicieron más mella
Que pajas en pedernal ;
Antes luégo,
Encendida en vivo fuego ,
Como víbora saltó,
Y con furia respondió
Al amante triste y ciego
Todavía,
Llena de melancolía :

«¿Queréis que os diga, dotor?
Los pasatiempos de amor
No han menester teología.»
Ved qué pago,
Ved qué le prestó el halago
Y la razon amigable,
Ved si pudo al miserable
Serle día más aciago.
Dios nos guarde
De la mujer que no arde
En el fuego que os quemais;
Que, por más que la sirvais,
Nunca la veréis, ó tarde,
Ser piadosa.
Quiero contar una cosa
De infinitas que yo vi
Mientras en el siglo fui,
Que os parecerá espantosa,
Mas es cierta.
En una noche desierta
Andábamos otro y yo,
Y ventura nos guió
Al resquicio de una puerta,
Donde vimos
Un hombre, que conocimos
Que pasaba de setenta,
Puesto el triste en tal afrenta,
Que, aunque mozos, nos movimos
A mancilla.
No se tenga por hablilla,
Que lloraba de sus ojos,
Hincados ambos hinojos
Delante de una putilla
Que allí estaba,
Que cierto que no llegaba

A cumplidos trece años,
Aunque en mentiras y engaños
De los ochenta pasaba
La malvada.
Estaba en extremo airada,
Dándole con un chapin,
Diciéndole: «Viejo ruin,
No entreis más en mi posada
Ni yo os vea;
Que sois la cosa más fea
Que hay en el infierno todo,
Don Gargajiento beodo,
Difunto que se menea,
Balsamado;
Tomad cuanto me habeis dado,
Y llevadlo á los establos;
Idos con todos los diablos,
Monstruoso corcovado,
Asqueroso;
No me seais enojoso,
Que veros es vituperio,
Y hedeis á cimiterio,
Culcosido, lagañoso.—
Alma mia,
El pobre viejo decía,
No me des estos baldones,
¿No te basta que me pones
Los cuernos á mediodía?
Sin conciencia
Me los plantas en presencia;
Y pues yo lo sufro y callo,
Cese ya, señora, el rallo,
Ten un poco de paciencia,
Ten empacho.»
Ella responde: «Borracho,

¿Y por cuáles negros duelos
Me habeis vos de pedir celos,
Viejo ruin, rapaz, mochacho,
Alfaquí?
No parezcáis ante mí
A decir esas vejezes;
Ya os lo he dicho muchas veces
Que no me vengais aquí,
Cazcarriento;
Si no, hago juramento
Por los huesos de mi padre
Y la vida de mi madre,
De haceros un escarmiento
Señalado.»
Y con corazon airado
Dando con él en el suelo,
Le trabó del blanco pelo,
Y tal cual el mal pecado
Se lo para,
Escupiéndole la cara,
Dándole cien mil porrazos,
Y tan crudos chapinazos,
Que un asno no los llevara
Ni pudiera.
Y él con voz muy lastimera,
Con los ojos arrasando,
El triste todo temblando,
Le daba de esta manera
Sus querellas:
«Agora, que me desuellas
Y me tratas como á moro,
Agora, Juana, te adoro,
Y beso lo que tú huellas.»
¡Oh Dios grande!
Él no permita ni mande,

Ni acaezca en nuestros dias,
Que en semejantes porfias
Ninguno corra ni ande
De nosotros.
Miremos unos por otros,
Porque no seamos vasallos;
Que salen mansos caballos
Si se doman bien de potros;
Y mirad
Que de nuestra libertad
Sólo un punto no perdamos,
Ni pudiendo, la pongamos
En ajena voluntad;
Que muy presto
Se suele perder por esto
Lo que muy tarde cobrar.
¡Donoso debiera estar
Virgilio dentro del cesto
Que colgaba,
Y Hércules cuando hilaba
Con aquellas mismas manos
Con que los bravos hircanos
Leones descarrillaba!
¡Gran placer
Fuera, cierto, ver coser
Al gran rey Sardanapalo!
Sed libera nos à malo.
No nos tienta la mujer
Tan adentro;
Bien que del primer encuentro
¿Cuál y cuál puede escapar?
Mas no deje aposentar
El apetito en el centro
Y rincón
Del secreto corazon,

Especialmente si viere
Que la dama á quien él quiere
No responde á la razon
Del penado.
Pues los males que he contado
Hasta aquí del mal querer,
Todos se pueden tener
Por tortas y pan pintado.
Los dolores
Principales y mayores,
Las verdaderas cosquillas,
Las fatigas no sencillas
De los tristes amadores
Desamados,
Aquestos no están contados
Ni está dada la sentencia.
Guarde Dios de competencia
Los que son enamorados;
Que esta es
Muy peor que el mal frances,
Cuando no son bien queridos;
Porque han de andar tullidos
De la cabeza á los piés.
Yo no siento
Otro más grave tormento
Ni más terrible dolor
Que tener competidor
De mayor contentamiento
Con la dama.
Él calla y ella le llama;
Vos llamaís, y no responde;
Buscándola vos, se esconde,
Y vase el otro á la cama.
¡ Ved qué vida!
Con vos está desabrida,

Más amarga que la hiel;
Al otro dale la miel,
Y con ella le convida,
Muy pagada.
Con vos habla de pasada,
Del otro nunca se harta;
Del uno jamas se aparta,
De vos contino se enfada
Y se estrecha;
Él anda á la man derecha,
Y vos debajo los piés;
Y lo que más dolor es,
Que lo mismo que él desecha
Descaís.
Muy áspera la halláis,
Y él muy amorosa y blanda;
Más vale lo que él le manda
Que lo que vos suplicáis.
No teneís
Cosa cierta en que os fieís,
Ni él cosa que le desvele;
El delante della huele,
Y vos contino hedeís.
A la puerta
Siempre la veís rostrituerta,
Y él favorable y graciosa;
Ya que otorgue alguna cosa,
Los conciertos que concierto
Son aviesos.
Él comete los excesos,
Y á vos se carga la culpa;
Él se come al fin la pulpa,
Y á vos os dan con los huesos
Sobre cena.
Vos no tencís hora buena,

Y él se lleva la vitoria ;
El holgando gana gloria ,
Y vos trabajando , pena
Con querella .
Al fin fin él goza della ,
Y vos la sentís cruel ;
Ella se muere por él ,
Y vos os perdeís por ella .
¡ Oh amor loco !
A propósito lo toco ;
Dice un refran : « Yo por tí ,
Tú por otro , y no por mí ;
Antes me tienes en poco . »
¡ Ved qué albricias !
Con vos usa de malicias ,
Con el otro de verdades ;
Con vos dos mil crueldades ,
Con el otro mil caricias
Y ventajas ;
Estais á lumbre de pajas ,
Y el otro con buen brasero ;
El desecha el pan entero ,
Y vos cogéis las migajas .
No hay morir
Que se iguale con vivir
Vida tan triste y amarga ;
Llevais á cuestras la carga ,
Y encima habeis de sufrir
Mil pesares ,
Desabrimientos á pares .
Cosa no se os endereza ;
Que si os duele la cabeza
Os curan los carcañales .
¡ Pues qué enojo
Es ver los cuernos al ojo !

Que si quereis demandallos ,
Diz que habeis de soportallos
O que os echeis en remojo .
Tolerallo
Podeis , pero no quejallo ;
Porque es ley siciliana ,
Si la yegua está sin gana ,
Dar de coces al caballo .
Si esperais
De haber lo que deseais ,
Sois comendador de espera ;
Que esperais que aqueste muera ,
En cuya plaza quepais ;
Y entre tanto
Olvidad vuestro quebranto ,
Ensanchad el corazon ;
Que muy ordinarios son ,
Por más que seais un santo ,
Desafueros
Que compran por sus dineros
Los amantes ; porque el rey
Cupido no guarda ley
Igual con sus caballeros ,
Que trabajan ;
Nunca los amores cuajan
Cuando amor á ambos no hiere ,
Porque cuando uno no quiere ,
Dicen que dos no barajan .
Y es oficio
Do no basta beneficio ;
Que por bien que hayais servido ,
Donde no sois bien querido
No vale fe ni servicio .
Destá cuenta
No se entiende ser exenta

La mujer, ni Dios lo quiera ;
Que de la misma manera
El amor las atormenta ;
Y muchas dellas
Se queman en sus centellas,
Y le pagan este fuero ;
Que amor, como justiciero,
Consiente que sientan ellas
Sus heridas.
Quieren y no son queridas,
Aman y no son amadas ;
Por hombres viven penadas
De quien son aborrecidas
Con engaños.
Estos agravios y daños,
Estas burlas y entremeses,
Estos trances y reveses,
Estos tormentos extraños,
Esta muerte,
Por ellas tambien se vierte,
Aunque no tan á menudo :
Tambien roen este fudo
Quando les cabe la suerte
Lisonjera.
Con esta ley barredera
Amor las juzga y maltrata,
Porque quien á hierro mata
A hierro es justo que muera,
Y que trague
Estos tragos y se llague
Con la lanza que nos llaga ;
Porque es muy debida paga,
Quien tal hace que tal pague
Con razon.
De esta grave maldicion,

Para que mejor se crea,
Es buen testigo Medea,
Desdeñada de Jason ;
Do se arguye
Y claramente concluye
Ser lo que digo verdad ;
Porque es una enfermedad
Ser malquisto, que destruye
La salud.
Pocas usan de virtud
Si el amor no las calienta ;
Porque andan en una renta
Desamor é ingratitud ;
Ni se entienda
Que el amor de balde venda
Sus gozos y sus venturas,
Sino á vueltas de amarguras .
Que se venden en su tienda
Muy espesas.
Muy ciertas son sus promesas
Con los suyos, no lo niego ;
Muy sabroso es su sosiego ;
Pero no lo son sus priesas
Y agonias ;
Muy dulces sus alegrías,
Mas sus pesares pesados ;
Con un barril de lenguados
Vienen cuatro de acedías
Al mercado.
Aquel dotor afamado,
Nuestro Publio Ovidio Naso,
Habla muy bien en el caso,
Como bien acuchillado
Por amar.
Si supiésemos contar

Cuántas yerbas tiene el suelo,
Cuántas estrellas el cielo,
Cuántas arenas la mar.
Y la tierra
Animales de la sierra,
Y árboles con hoja y flores,
Tantas penas y dolores
Amor encubre y encierra,
Maguer bueno.
Lleno está su placer, lleno
De lacras y penas muchas;
Porque no se toman truchas
Con las manos en el seno,
Como digo ;
Porque no me contradigo
Ni revoco mis sentencias
Por decir las diferencias
Que suele el amor consigo
Poseer.
Sabed que sabe hacer
Que sea blanco lo prieto,
Y caber en un sujeto
Dos contrarios en un sér
Juntamente.
Claro está que está doliente
El que enamorado está;
Pero mientras bien le va,
Con el favor, no lo siente,
De contento.
Adormece el pensamiento
El sabor de este potaje,
Como cuando dan breva je
Al que quieren dar tormento.
¡ Oh cuán varios,
Muy continuos y ordinarios

Suelen ser estos aferes !
Pero para sus placeres
A veces son necesarios
Con razon.
Habiendo contradiccion,
Sabemos lo deseado ;
Porque va tras lo vedado
Nuestra flaca inclinacion
Natural.
Como gentil oficial,
Envuelve amor en la miel
Los bocados de la hiel
Porque no sienta su mal
El goloso ;
Encúbrelos, de mañoso,
Porque ninguno los tema ;
Está frio, y diz que quema
Como caldo de raposo.
Mas mirad
Que, para decir verdad,
Otras cosas bien miradas
Y con ésta cotejadas,
No hallaréis novedad
Conocida.
¿ Qué gozos hay en la vida,
De cuantos podeis decir,
Que no los veais medir
Con esta misma medida
De cuidados ?
Todos están aforrados
De zozobras semejantes ;
Diganlo los negociantes
En la córte sepultados
Sin que mueran ;
Aunque hagan cuanto quieran

Y negocien á su gana,
Del mismo negocio mana
Contino con que se hieran
Y fatiguen ;
Que por bien bien que litiguen
Los que en Granada pleitean,
Yo os digo que no se vean
Sin tramas que los obliguen
A pasion.
Siempre están en confusion,
Temerosos en audiencia ;
Y aunque tengan la sentencia ,
Temen el apelacion
Venidera.
La revista que se espera
Los pone luégo en congoja ;
Cuando de una parte afloja,
Comienza en otra manera
A apretar ;
Pues los que andan en la mar ,
Aunque tengan esperanza ,
Viento en popa y mar bonanza,
No dejan de revesar ,
Sin comer ;
Cuando más á su placer
Navegan á velas llenas,
Van temiendo las ajenas,
Y suspiran por se ver
En la tierra ;
Cuando la noche se cierra ,
Ved qué tristeza les viene.
Decidme, ¿ qué vida tiene
El gentilhombre de guerra,
Tan segura ?

Ved si le falta amargura,
Aunque tenga doble paga ;
Por merced que Dios le haga,
Le sobra mala ventura
Y temores,
Enojos y sinsabores,
Peligros y diferencias,
Mal frances y otras dolencias,
Y músicas de atambores,
Que da pena.
Ya que la fortuna ordena
La vitoria, como alcalde,
Mirad si la da de balde ;
Dígalo la de Ravena
Que sabemos.
Pues si comparar queremos
La vida del amador
Con la del guerreador ,
En mil cosas la verémos
Semejante.
Anda en guerra todo amante ;
No lo digo sólo yo ,
Porque Ovidio lo escribió
En verso muy elegante
Y polido :
Habet sua castra Cupido,
En que tiene más soldados
Y á ménos costa pagados,
Que ningun rey ha tenido,
Ni es posible.
La edad que es conveniente
Al que la guerra mantiene,
Esa misma le conviene
Al amador apacible
Requebrado.

Fea cosa es el soldado
Que so la pica envejece,
Y muy feo nos parece
Ser el viejo enamorado
Y galan.

Los años que el capitan
Pedirá al fuerte guerrero
Demanda en el compañero
La dama, si se le dan;
Pues el mal

Ambos le pasan igual,
Ambos velan, á mi ver,
Y entrambos suelen tener
La tierra por cabezal
De barriga.

A la puerta de su amiga
El uno hace la vela;
El otro la centinela
En el campo, con fatiga,
No con vicio.

Luenga vida es el oficio
Del que en la guerra se emplea,
Y sin fin es la tarea
Del amor y su bullicio
Tras las dueñas.

Asperos montes y peñas,
Rios altos y sin puente,
Nieves grandes fácilmente
Pasan ambos tras sus señas
Y banderas;

Ambos andan tan de véras,
Que habiendo de navegar,
No se curan de esperar
Otoños ni primaveras,
Ni los vientos,

Ni aguardan los movimientos
Del cielo para partir;
Antes piensan de salir
Al són de sus pensamientos
Con su brío.

Las noches del bravo frio
Y las nieves sobre el hielo,
Las lluvias grandes del cielo,
¿Quién querrá por su albedrio
Padecellas?

¿Quién no se excusará dellas,
Sino el guerrero cruel
O el enamorado fiel,
Abrasado en sus centellas
Y calor?

Va el jinete corredor
A descubrir enemigos,
Sus ojos hace testigos
Contra su competidor,
Y el que ama;
El uno por ganar fama
Ciudades cerca y rodea,
El otro ronda y pasea
Los umbrales de su dama
Cada dia.

El uno con batería
Muros y puertas destroza,
Y el otro los de su moza
Dando voces á porfía,
Por entrar.
Del oficio militar
Es acometer, pudiendo,
Los enemigos durmiendo,
Por los prender ó matar
Desarmados.

Durmiendo fueron entrados
Los reales del rey Reso,
Y el mismo gran rey fué preso,
Y sus caballos tomados
Y perdidos.
Del sueño de los maridos
Usan así los amantes,
Que al concierto hecho de ántes,
Cuando duermen son vendidos
Sin dinero.
Del amante y del guerrero
Es pasar guardas y velas,
Y escapar con sus cautelas
De las manos del portero
Por la puerta.
Dudosa cosa é incierta
Es la guerra y sus favores,
Y así son los amadores,
Metidos en encubierta
De ventura.
Los que hoy tienen estrechura,
Mañana gozan y cantan;
Los vencidos se levantan,
Como de la sepultura
A vencer;
Y aquellos que al parecer
Invencibles parecían,
Suelen, cuando más se fian,
Ser vencidos y caer;
De manera,
Señores, que donde quiera
Hallaréis un mal vecino,
Y un rato de mal camino,
De Toledo á Talavera
Caminando.

Y por esta ley y bando
Echa amor á las criaturas;
Dales duras y maduras,
Porque no os vais alabando
Los queridos.
Y pues de tales gemidos
Ninguno vive seguro,
Y las penas son de juro
A los más favorecidos
Y privados,
Los que son enamorados,
Al repartir del despojo,
Echen la barba en remojo,
Esperando ser tocados
Mala vez.
Pocas veces sale el mes
Sin que algún pesar hayamos;
Pero, si bien lo miramos,
Mal de muchos gozo es;
Y está claro
Que á la fin nos cuestan caro,
Como aquí se ha discurrido,
Los placeres de Cupido,
Aunque dé carta de amparo.
Bien sabemos
Que es mejor de dos extremos
Mucha paz que buena guerra,
Y mejor estar en tierra
Que llevar gentiles remos
Por la mar.
Mejor es no navegar
Que ver la mar mansa y rasa,
Y mejor estar en casa
Que á buen meson aportar
Quien camina.

Hacemos á la contina
De necesidad virtud ;
Mas mejor es la salud
Que la buena medicina.
Pues mirado
El fin del enamorado,
Claro está que es muy mejor
No ser el hombre amador
Que serlo aunque sea amado ;
Y de verdad,
Más vale con libertad
Pan y agua con cebolla,
Que cabecera de olla
Por ajena voluntad
Y privanza.
Mas decidme, ¿quién alcanza
En la vida este lugar?
¿Quién nace para gozar
Desta bienaventuranza
Con sosiego?
¿Quién está en paz con el fuego
De su carne pedigüña?
¿Quién es el que con su leña
No hace contra sí fuego
Do se encienda?
¿Quién hay que tenga la rienda
De su propia inclinacion?
O ¿quién no cae en tentacion,
Por mucho que se defienda
Y abroquele?
Que el cuerpo sin carne huele,
Y jamas podrá estar quedo.
¿Quién no muestra con el dedo
El lugar donde le duele
Señalado?

¿Quién habrá tan concertado,
Que á la corta, que á la luenga
Su jironcillo no tenga
De loco ó de requebrado?

Final al Amor y á la Fortuna

Dios, que somos bien librados
Los hombres desde la cuna,
Pues nacimos sentenciados
A ser siempre gobernados
Por amor ó por fortuna.
El niño y ella mujer,
Ella ciega y él con ella,
Ambos locos y sin sér,
¿Qué reino pueden tener
Donde no reine querella?

FIN.